



¿Qué es un lector?

El escritor y crítico literario español Alberto Olmos sostenía que un escritor es o era una cosa importante: “Si nos tomamos en serio la literatura, es casi como ser santo. ¿Cuándo sabe el santo que lo es? ¿Se hace santo él o le hacen los demás? ¿Es su fe inquebrantable siempre certera? [...] Al igual que la santidad, lo de ser escritor tiene que ver con esa frontera difusa entre la propia consideración y la consideración ajena, pues ninguna de las dos es determinante. Uno se sabe o se cree o se siente santo, pero son los demás los que le llaman así, normalmente en virtud de una serie de obras milagrosas.”. Si un escritor es un santo, entonces un lector es una especie de creyente o feligrés, pero tal como ocurre en el mundo de la fe o de la devoción, existen diferentes y variados tipos de creyentes.

Hay lectores promiscuos o con una gran iglesia a cuestas, aquellos que le rezan a cualquiera, en el sentido que leen todo lo que llega o se cruza delante de sus manos. Son devoradores de libros, y aunque no se consideran a sí mismos especialistas son grandes consumidores de los llamados *best sellers*. Admiran al santo, pero son politeístas y se pasan de un género a otro sin remordimientos, porque para ellos lo importante en la literatura es el milagro, al que muchas veces relacionan con la mera entretenición y el divertimento.

Existe por supuesto el lector especialista o apasionado, quien conoce a cabalidad la obra de sus autores predilectos o del canon insigne del cual es fiel devoto. Se considera a sí mismo el albacea o custodio de una herencia.

Su personalidad puede ser definida como la de un extraño híbrido entre topo y águila. Animales solitarios, que, en túneles abarrotados de libros y anaqueles, o sobrevolando los cielos áureos de las ideas, espían desde las frías y transparentes alturas a su imaginaria presa. Son militantes de la literatura y sus colecciones abultadas son el fiel reflejo de ese celo y culto por las letras.

Existe también ese lector incurable, decepcionado del mundo, el que ya no colecciona libros, sino que, como fumador compulsivo, una vez ha consumido el contenido cancerígeno de esas enfermizas páginas se deshace del cadáver o sólo conserva muy pocos ejemplares, los que muchas veces caben en las estrechas dimensiones de una maleta o de un bolso de viaje. Este es un tipo especial de lector sabelotodo, pero hastiado de la alta cultura, que puede ser representado en ese carácter atmosférico de nulidad de la ilustración oscura o lo que Peter Sloterdijk ya definió hace cincuenta años, como el espíritu cínico de una época en que la crítica ha perdido su gastada dentadura.

En lo personal, me identifico con un cuarto tipo de lector, un *animal laborans* de las letras y de los mundos literarios. Un ser que ha escogido como ruta de vida el oficio de lector. Un obrero de la (contra)cultura y de la divulgación de ideas peligrosas, un lector que mientras ejecuta el oficio de docente evangeliza o hace proselitismo de aquello que le seduce y le impulsa a la transmisión de ideas y paradigmas. Un coleccionista de extraños insectos que como gasfiter lleva sus herramientas consigo para operar en las entrañas de la realidad, sabiendo que lo “real” jamás se alcanza.

Jorge Lorca Leiva, diciembre 2024